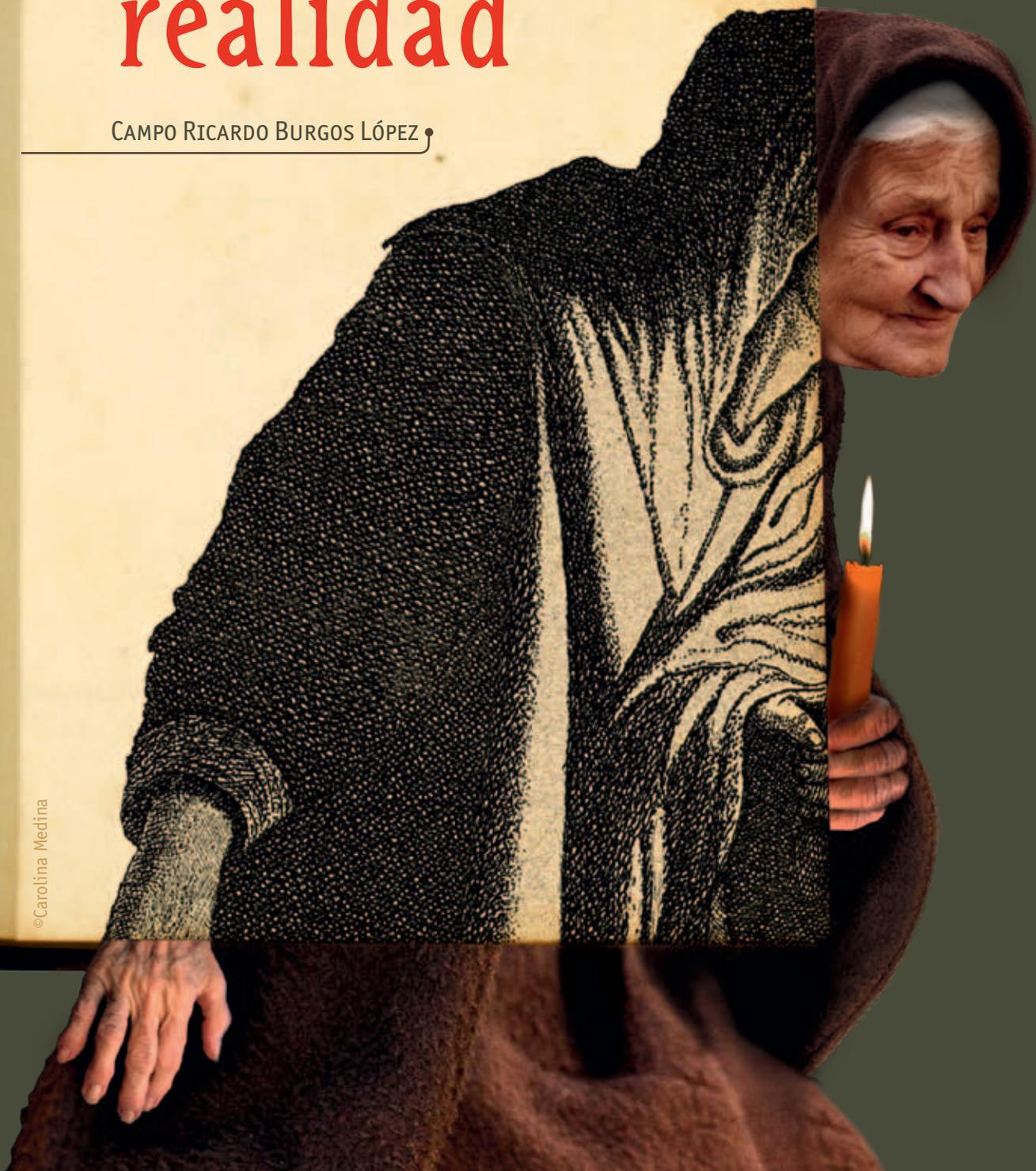


ma
angelis q̄ cū āgelu
tis efficacius reuela
turoz anie disposit
dispositio anie fit post
ā excretioz 7 interio
es sunt noceres. 7 fe
sumofitatus. 7 fe
q̄ digestio. 7 hoc
de nob perō: ibus si
ngeli ex diuina piera
officij aliq̄ reuelā.
aurora intellectum
puraz infomante.
elus bonus intelle
lūtat. 7 corpa cele
is. alijs aut pfectio
pōr 7 q̄cūq̄ hora re
7 dormitōdo. q̄uis
de som. 7 vigi. sunt
reuelatōes vt di
q̄ altero put ce
pluerunt. Ad se
naturali sollicitu
gimine corptō cō
tura hñt cas natu
ritate. Et tunc illa
es sunt tātūmō si
ē ex pte angeli di
cidentiū futuroz
aris vel egritudis
t bec est snia are
natura repirat in
q̄o dispositōnes q̄
ous postea cōtin
tud. vt si q̄o som
us igneis. signus
i co colera. Si de
7 hñōi. signū est
vel alterius liquo
flegmaris. si de
elācolic. Et ideo
ant medici ad co
sitiōes corptō. vt

La costumbre de confundir ficción y realidad

CAMPO RICARDO BURGOS LÓPEZ

©Carolina Medina



Según se cuenta en la historia europea, en 1484 (otros dicen que en 1487) apareció un libro llamado *Malleus Maleficarum* o *Martillo de las brujas* escrito por los dominicos Heinrich Krämer y Jakob Sprenger, y de inmediato el texto se convirtió en un *best seller* de la época, el que en los siglos siguientes tan solo fue superado en ventas por la Biblia (Zaffaroni, 2013: 35-46). Desde su publicación, la obra fue considerada el manual más completo acerca de la brujería, y todo inquisidor o perseguidor de hechiceras que se respetara lo empleaba como su libro de cabecera. En el *Malleus* se explicaba que, contrario a lo que había creído la teología cristiana durante siglos, las brujas no solo existían, sino que también tenían —como cualquier villano de cómic— ciertos superpoderes. Ellas podían provocar tormentas, volar por los aires y, mediante sus hechizos, causar todo tipo de males a la sociedad (Linder, s.f.: párr. 6). Además, como buenas villanas, hacían otras cosas reprobables como sostener relaciones sexuales con demonios, matar bebés e incluso robar penes de parroquianos despistados, poner 20 o 30 de estos penes en nidos de pájaros y, luego, hacer que esos miembros viriles cobraran vida alimentándolos con avena o maíz (párr. 6).

A consecuencia de lo anterior, el *Malleus* finalizaba proporcionando instrucciones sobre cómo detectar, enjuiciar y penalizar a las brujas, que a ojos de los inquisidores eran el mayor peligro para la humanidad. Dice Zaffaroni que el texto de Krämer y Sprenger constituyó la primera vez en la historia en que se integraron la criminalística y el derecho penal, por cuanto allí se explicaron el origen y las manifestaciones del mal junto con los procedimientos para investigar ese mismo mal (2013: 39). Así pues, el *Malleus* fue una de las causas de esa cacería de brujas que en Europa duró algo más de dos siglos

(de mediados del siglo xv hasta mediados del xvii, cuando comenzó a declinar el número de brujas ejecutadas), y que según unos especialistas produjo entre 50.000 y 80.000 muertos (Linder, s. f.: párr. 7), y según otros, 400.000 (Donovan, 1988: 144-180).

Hayan muerto decenas de miles de personas, el hecho relevante aquí es que el delirio popular de las brujas fue uno de los factores que contribuyó a una de las matanzas más infames en la historia humana. Estas ideas sobre hechiceras haciendo pactos con el diablo y conspirando contra la cristiandad, que a la mayoría de lectores de nuestra época le parecerían disparates, en aquellos siglos xv a xvii fueron asumidas como una descripción real del mundo por la mayoría del pueblo raso y por buena parte de los intelectuales más presntantes del periodo. Asumir como realidad lo que era una ficción paranoide fue un detonante de uno de los episodios más vergonzosos de Occidente, y la caza de brujas es un ejemplo contundente de que confundir ficción y realidad, a veces, puede ser más peligroso de lo que parece. Pongámoslo en otras palabras. Asumir como realidad lo que solo es literatura fantástica (entendida literatura fantástica como lo que es ficticio o imposible a ojos de una cultura en un momento o espacio dados) puede tener unos efectos pavorosos.

Pero confundir ficción y realidad, y hacer pasar literatura fantástica como si fuera una descripción efectiva y veraz de hechos empíricos es una antigua tradición occidental. Stoczkowski lo ha visto sobre todo en la literatura esotérica u ocultista. A fines del siglo xix, Helena Blavatsky funda la Sociedad Teosófica, una corriente cultural y un discurso que servirá de modelo a casi todas las disertaciones paracientíficas posteriores. Sobre elementos del gnosticismo en la antigüedad, y siguiendo la senda de mesmerismos y espiritismos decimonónicos, la teosofía pretende ser un

discurso que fusione ciencia y religión, fe y razón; pretende reconstruir una antigua sabiduría secreta de orígenes milenarios que supuestamente se ha perdido (Stoczkowski, 2001: 125-147). Blavatsky proponía una doctrina que era a la vez teología, cosmogonía y gnosis, y que iluminaría al mundo para alcanzar su redención. Sus obras —eso dicen sus adeptos— constituyen una iniciación esotérica que ayudará al hombre a completar su evolución y trascender este plano material en el que nos encontramos. Para efectos de este texto, lo que nos interesa es cómo construyó Blavatsky sus libros; según Stoczkowski (125-147), la ocultista rusa plagió muchísimo de colegas esoteristas contemporáneos suyos, e ignoró las normas de citación científica que establecen la elemental regla de referir únicamente obras que en realidad existan; en buena parte de sus escritos, Blavatsky afirma que su sabiduría proviene de un mítico libro tibetano llamado *El libro de Dzzyan*, algo que no estaría mal si no fuera por el pequeño detalle de que ese texto no existe, es exactamente igual al *Necronomicón* de Lovecraft. Por supuesto, en este punto la clásica del ocultismo no está haciendo nada nuevo, solo se está sumando a la antigua tradición del fraude literario que en Occidente nace desde la época helenística, cuando algunos autores afirmaban que sus obras procedían de documentos remotos en lenguas misteriosas a los cuales, casualmente, solo tenían acceso esos mismos escritores (125-147).

Tras la muerte de Blavatsky, el ocultismo se expresó de varias formas: la antroposofía de Rudolf Steiner, la obra de Gurdjieff o el rosacrucismo. Todas estas tendencias, con algunos

●
Asumir como realidad lo que era una ficción paranoide fue un detonante de uno de los episodios más vergonzosos de Occidente, y la caza de brujas es un ejemplo contundente de que confundir ficción y realidad, a veces, puede ser más peligroso de lo que parece.
..... ●

añadidos, básicamente siguieron los mismos marcos y parámetros blavatskianos y copiaron el método de basarse en textos inexistentes. Así, por ejemplo, algunos teósofos dicen que todos sus conocimientos los extraen de unos supuestos “archivos akáshicos”, unos pretendidos archivos de todas las existencias humanas y de todo el cosmos que están inscritos en las ondas de luz astral, y que, a quien aprenda a leerlos, le permitirá saberlo todo sobre la historia humana (148-180). Autores como Churchward consultaron “tablillas inmemoriales” de la India y de México que, por supuesto, jamás mostraron por ser totalmente ficticias. En general, el ocultismo y la literatura fantástica han tenido el hábito de confundirse constantemente. Blavatsky no solo se inventó sus referencias bibliográficas, sino que empleó autores como Bulwer-Lytton o Rider Haggard, mezclándolos sin empacho con sus otros héroes ocultistas y argumentando que “en toda ficción existe un fondo de verdad” (194). Los esposos Le Plongeon escribieron novelas fantásticas sobre civilizaciones desaparecidas que luego el teósofo Churchward asumía como narraciones reales (196). Estos son ejemplos de que el ocultismo generaba literatura fantástica, y a su vez la literatura fantástica generaba ocultismo. Los ocultistas —anticipándose mucho a los posmodernos o a Borges— consideraban que la imaginación literaria era una vía de conocimiento equivalente al razonamiento científico y que imaginar algo era lo mismo que descubrir algo, razón por la cual no distinguían a Darwin de Rider Haggard, y los mezclaban sin remordimiento alguno.

Sobre este terreno, donde cada vez se hace más difícil distinguir lo científico de lo artístico y lo ficticio de lo real, es que florecerán retoños como los ovnis y las nuevas oleadas de textos sobre fantasmas. En 1947, en Estados Unidos, Kenneth Arnold anuncia que vio ovnis y su relato es tan atractivo que la revista *Amazing Stories*, una de las revistas canónicas de la ciencia ficción anglosajona, comienza a dar espacio en sus páginas a este y otros autores ocultistas para que desde allí divulguen sus asombrosas narraciones. Así nace un nuevo género que es “la ficción verídica”, un relato de tono esotérico u ocultista con supuestas pruebas de veracidad, que en las décadas siguientes crecerá de manera

exponencial, y que hoy es un pilar que sostiene a centenares de aventuras editoriales y *masmediáticas* en todo el mundo (206-232). Editores de ciencia ficción como Raymond Palmer o el famoso Ronald Hubbard acabarán contagiados de la epidemia, y así el primero terminará abandonando la ciencia ficción para dedicarse de lleno a las publicaciones ocultistas y ufológicas, y el segundo también abandonará la literatura para crear toda una mitología alrededor de ovnis y fundar la Iglesia de la cienciología, que le reportó millones de dólares.

Más adelante, con la misma receta de mezclar ciencia ficción y literatura fantástica con un tris de datos de divulgación científica, adobadas con toques gnósticos, esotéricos, teosóficos y ocultistas, y unos cuantos platillos voladores aquí y allá, aparecen autores que llevaron al clímax el género de la ficción verídica. En 1960, Louis Pauwels y Jacques Bergier publicaron *El retorno de los brujos (Le matin des magiciens)*, un libro que concede el mismo crédito a los autores de ciencia ficción y fantasía que a los grandes científicos y filósofos (90). En las décadas del sesenta y el setenta aparecen obras de Robert Charroux, alguien que empezó como escritor de ciencia ficción y guionista de cómics, pero que al cambiarse al subgénero de la “seudohistoria” e insistiendo en antiguos astronautas extraterrestres que visitaron la Tierra miles de años atrás, encontró la consagración. Por cierto, Charroux es un típico ejemplo de literatura fantástica reubicada en un nuevo contexto que confunde al lector, dado que en las solapas de sus libros se presenta con títulos imaginarios y como integrante de instituciones que no existen, un rasgo habitual en el género (94). También por estas décadas del sesenta y setenta irrumpe Erich von Däniken, quien nuevamente iguala la ciencia y la literatura de fantasía como fuentes que validan conocimientos, y que popularizó a nivel mundial la teoría de los antiguos cosmonautas alienígenas que visitaron la Tierra en tiempos de los antiguos mayas, incas o egipcios. Tras von Däniken —arguye Stoczkowski— comienzan a pulular por todos los países occidentales autores que aplican la misma receta de ficción verídica de estas figuras cimeras, y la denominada “dänikenitis” cunde por doquier (33-50).

Asimismo, en paralelo a los extraterrestres y las civilizaciones desaparecidas de estos tiempos, la “ficción verídica” (o los “relatos verídicos”) también se expresó en el campo de los fantasmas y las casas embrujadas. Martínez de Mingo recuerda que a mediados del siglo xx aparecieron publicaciones en el ámbito anglosajón que intentaron darle verosimilitud al mundo fantasmal y que no se apoyaban solo en los sueños sino “en toda clase de teorías seudocientíficas y seudofilosóficas” (2004: 105). No mencionaremos autores, pero todos reconoceremos publicaciones de este talante con títulos como *Fantasmas de Irlanda o Casas embrujadas de América* (106).

Pero no solo del lado ocultista son dados a usar tanto textos científicos como literarios para justificar sus imaginaciones; Stoczkowski nos recuerda que ello ha sucedido también varias veces del lado de los denominados hombres de ciencia. Las paraciencias no están tan lejos de la racionalidad científica como se supone *a priori*, y a veces ellas proporcionan los marcos dentro de los cuales se plantean discursos científicos. En el siglo xix, para citar solo dos ejemplos notorios, Haeckel, conocido defensor y difusor de las tesis evolucionistas, intentó usar las ideas de Darwin para apuntalar una nueva “religión natural” en la que se entreveraban ciencia, panteísmo y cultos solares. Haeckel, incluso, concebía la ciencia como una suerte de disciplina auxiliar de la religión (Stoczkowski, 2001: 271). Alfred Russel Wallace, la otra persona que junto con Darwin formuló la teoría de la evolución por selección natural, solo admitía que los procesos evolutivos moldearon el cuerpo físico del hombre, pero que la esencia sobrenatural humana procedía de un origen distinto. Como creyente espiritista que era, suponía que el hombre espiritual había sido creado por inteligencias superiores, “espíritus puros encargados de supervisar el estadio decisivo de la evolución que se desarrollaba en la Tierra según un plan divino” (272). En Wallace se acaban mezclando las ideas espiritistas y metafísicas con las nociones científicas, por cuanto concebía que la especie humana era igualmente moldeada por la selección natural y por entes incorpóreos.

En los siglos xx y xxi, reaparecen académicos y hombres de ciencia que entremezclaron la racionalidad científica con metafísicas y ocultismos

diversos. El psicoanálisis de Carl Gustav Jung —a decir de Stoczkowski— solo es un gnosticismo y un ocultismo disfrazados. Su denominada “terapia” es una iniciación esotérica, su “investigación” con pacientes no cumple estándares científicos y concibe la psicología como una experiencia iniciática que finalmente llevará a las personas a una experiencia religiosa en la que se topan con lo trascendente (280). El padre académico de Jung, el celeberrimo Freud, dio la pauta a su discípulo al plantear una teoría que, con justicia, Hans Eysenck ha catalogado como un cuento de hadas disfrazado de ciencia (1988: 250). Mircea Eliade, conocido historiador de las religiones, plantea una teoría antropológica de clara procedencia ocultista y esotérica. Para Eliade, las religiones primitivas están armadas desde un molde gnóstico y metafísico: ellas conciben el mundo natural como copia de un arquetipo extraterrestre y proporcionan la salvación, llevando una vez más al hombre a fundirse con lo eterno (Stoczkowski, 2001: 291). Jung o Eliade —sigue Stoczkowski— hacen que sus teorías descansen sobre creencias metafísicas y no sobre pruebas, sus hipótesis son artículos de fe y no conjeturas provisionales, y sus datos no suelen poner a prueba las hipótesis, sino adornar la ficción que se quiere desplegar (291).

Desde otra óptica, Michael Shermer también ha señalado algunos científicos prestigiosos que se han dejado contagiar de pseudociencias y ocultismos en sus teorías (esto es, que han introducido literatura fantástica como si fuera ciencia). Autores que han intentado fusionar ciencia y religión, y que han pretendido proporcionar esperanza en la eternidad a partir de la misma ciencia, entre ellos se puede citar a Fritjof Capra, Paul Davies o John Polkinghorne; no obstante, el *top* es el físico Frank Tipler (Shermer, 2008: 385). En 1986 —junto con John Barrow— Tipler “demuestra” que el universo sigue un plan o diseño y que por esa razón se puede inferir que hay un Dios o diseñador inteligente (386). Luego, en 1994, en su libro bellamente titulado *La física de la inmortalidad (The Physics of Immortality)*, Tipler propone que la vida eterna será posible ya que en el futuro la humanidad entera resucitará gracias a un superordenador casi todopoderoso que estará en capacidad de volver a la vida virtual a cualquier ser que hubiera

existido en la historia. Para Tipler, el universo entero está siguiendo un guion y se mueve hacia un “Punto Omega” que, para efectos prácticos, no es otra cosa que un Dios. El universo —según Tipler— está estructurado para producir primero una inteligencia humana y luego un Dios, la vida no solo cambiará el universo, sino que garantizará que alcancemos la inmortalidad (394). No entramos aquí en las refutaciones científicas que la teoría de Tipler ha recibido, pues no es nuestro asunto, pero sí queremos hacer notar que en las tesis de Tipler aparecen los típicos rasgos de discursos pseudocientíficos y ocultistas: no existe el azar en el universo y todo hecho ocurre para algo; es claro que la realidad apunta en una única dirección y sigue un plan; olvida que no es tanto que haya modelos en el universo, sino que nuestro cerebro es una máquina de producir modelos, patrones y configuraciones; muestra un optimismo sin límites y la idea de que toda la historia cósmica es un cuento de hadas que tendrá final feliz; justifica los deseos humanos de eternidad a como dé lugar; la teoría es puramente especulativa sin mayor sustento empírico y por eso es que Shermer asevera que las tesis de Tipler son filosofía o ciencia ficción, pero no ciencia (404).

Otros reconocidos académicos que han terminado defendiendo causas que Shermer denomina “raras” son Jodi Dean y John Mack. Jodi Dean es una profesora de ciencia política para quien la posmodernidad ha mostrado que toda verdad es relativa y por ello las afirmaciones de los ufólogos son tan ciertas como las de cualquier otro profesional en cualquier otra disciplina (455). Por su parte, John Mack fue un psiquiatra y una autoridad universitaria en el campo de la salud mental, a quien le ocurrió algo singular. Estudió tanto tiempo las abducciones alienígenas y escuchó tantos abducidos en su diván, que finalmente acabó convencido de la realidad de lo que le contaban sus pacientes, y terminó su vida defendiendo la causa de los extraterrestres que nos visitan en platillos voladores (466). Estos últimos casos no solo demuestran que los doctores no protegen de confundir la imaginación con la realidad o la literatura fantástica con la ciencia, sino que en la actualidad el contagio *New Age* ha llegado a lugares donde antes no se pensó que podía llegar.

Un reciente ejemplo colombiano

Para terminar este breve recorrido por los abusos, conscientes o inconscientes, de la literatura fantástica, permítaseme citar un epígono colombiano. En el año 2014 en Colombia apareció el libro *Paranormal Colombia* de Mario Mendoza, un texto que llegó a su cuarta edición en diciembre de 2016, y el cual desde su publicación siempre ha estado entre los más vendidos en el país. Este texto es claramente encuadrable en el denominado movimiento *New Age*, esa corriente que, de modo alegre y sin asco alguno, mezcla esoterismos y gnosticismos, y abunda en asuntos como la comunicación con entidades sobrenaturales que van de Dios a los ángeles pasando por difuntos diversos, prácticas como el yoga, el chamanismo, la homeopatía o la meditación, los denominados “fenómenos paranormales” y variadas formas de alcanzar estados alterados de conciencia, el énfasis en la autorrecreación del yo, la sanación, la autoayuda y la evolución espiritual (Burgos, 2016: párr.1). En concreto, en *Paranormal Colombia*, Mendoza entrevista a sujetos que —a decir de ellos mismos y del propio escritor— hipnotizan personas, curan imponiendo las manos, son telépatas, prevén el futuro, se comunican con alienígenas, se contactan con seres sobrehumanos, pueden ver espíritus, san Juan Bautista ya difunto se les aparece en el baño de sus casas, y que hacen gala de unos conocimientos ocultistas que a la mayoría de humanos de a pie nos están simplemente vedados (párr. 2). Adicional a las historias de estos personajes, a lo largo del libro Mendoza revela a sus sorprendidos lectores que él también se siente un vidente y un “sacerdotiso” (2014: 19-52), y desde sus páginas es fácil inferir su deseo de sumar su nombre a la ya ilustre lista de entreveradores de literatura fantástica y realidad que ya hemos referido. Como es tradicional en este género que Stoczkowski llama “el de la racionalidad restringida” (2001: 300-333), Mendoza considera que la imaginación literaria o de un médium es una fuente tan válida de conocimiento como la ciencia; no hay pruebas prácticamente para nada, pero todo se sostiene con mucha fe y convicción, abunda la palabrería pseudocientífica, se descubren coincidencias y sincronicidades en todas partes y en todo momento, se cae en la falacia de

pensar que porque alguien es marginal, *ipso facto* tiene la razón (nunca se le pasa por la cabeza que es posible ser un marginal y también estar equivocado); los hechos se acomodan a la interpretación y no la interpretación a los hechos, nunca se consideran pruebas en contra de las hipótesis explicativas, los eventos empíricos siempre confirman las suposiciones y jamás las contradicen, se desdeña el conocimiento científico y en cambio se le concede total credulidad a convicciones, intuiciones o episodios oníricos. Es claro, por los ilustres antecedentes que ya hemos señalado, que *Paranormal Colombia* es una derivación epigonal de las “ficciones verídicas” o “relatos verídicos” y allí, sin duda, está una de las causas de su suceso en medio de la ingenua cultura lectora del país. ■

Campo Ricardo Burgos López (Colombia)

Psicólogo y magíster en Literatura. Profesor de la Universidad Sergio Arboleda de Bogotá. Perteneció al Grupo de Estudios Literarios y Culturales de la Escuela de Filosofía y Humanidades de la misma universidad. Entre otros, ha publicado: *Libro que contiene tres miradas* (1993), *José Antonio Ramírez y un zapato* (2003), *El clon de Borges* (2010), *Otros seres y otros mundos: estudios en literatura fantástica* (2012) e *Introducción al estudio del diablo* (2013).

Referencias

- Burgos, Campo Ricardo (2016). *Paranormal Colombia o de la irresponsabilidad de un escritor*. Recuperado de: www.las2orillas.co. <http://www.las2orillas.co/paranormal-colombia-de-la-irresponsabilidad-de-escritor/>
- Donovan, Frank (1988). *Historia de la brujería*. Francisco Torres Oliver (trad.). Madrid: Alianza.
- Eysenck, Hans J. (1988). *Decadencia y caída del imperio freudiano*. Joaquín Bochaca (trad.). Barcelona: Ediciones de Nuevo Arte Thor.
- Linder, Douglas (s.f.). *A Brief History of Witchcraft Persecutions before Salem*. Recuperado de: <http://law2.umkc.edu/faculty/projects/ftrials/salem/witchhistory.html>
- Martínez de Mingo, Luis (2004). *Miedo y literatura*. Madrid: EDAF.
- Mendoza, Mario (2014). *Paranormal Colombia*. Bogotá: Planeta.
- Shermer, Michael (2008). *Por qué creemos en cosas raras: pseudociencia, superstición y otras confusiones de nuestro tiempo*. Amado Diéguez (trad.). Barcelona: Alba.
- Stoczkowski, Wiktor (2001). *Para entender a los extraterrestres*. Madrid: Acento Editorial.
- Zaffaroni, Eugenio (2013). *La cuestión criminal*. Miguel Rep (ilust.). Bogotá: Grupo Editorial Ibáñez.